

HEIDEGGER, Martin, "Filosofía,
ciencia y técnica", *Sto.*, Edit. Univ,
2004. pp. 117-154

LA PREGUNTA POR LA TÉCNICA

En lo que sigue nosotros *preguntamos* por la técnica. El preguntar abre un camino. Por eso, es prudente prestar atención ante todo al camino y no permanecer apegados a frases y títulos aislados. El camino es un camino del pensar. Todos los caminos del pensar conducen, más o menos perceptiblemente y de una manera inhabitual, a través del lenguaje. Preguntamos por la *técnica* y con ello quisiéramos preparar una relación libre con ella. Libre es la relación cuando abre nuestro ser-ahí [Dasein] a la esencia de la técnica. Si nosotros correspondemos a tal esencia, entonces podremos experimentar la técnica en su delimitación.

La técnica no es igual que la esencia de la técnica. Si nosotros buscásemos la esencia del árbol, tendríamos que elegir aquello que domina a través de todo árbol en cuanto árbol, sin ser ello mismo un árbol, que se pudiera encontrar entre los restantes árboles.

Así también, la esencia de la técnica no es, en absoluto, algo técnico. Por eso, nunca experimentaremos nuestra relación con la esencia de la técnica, mientras nos representemos y dediquemos sólo a lo técnico, para apegarnos a ello o para rechazarlo. Por todas partes permanecemos presos, encadenados a la técnica, aunque apasionadamente la afirmemos o neguemos. Más duramente estamos entregados a la técnica cuando la consideramos como algo neutral; pues, esta concepción, que tiene hoy día gran aceptación, nos vuelve completamente ciegos para la esencia de la técnica.

Como la esencia de algo vale, según vieja teoría, lo que algo es. Nosotros preguntamos por la técnica cuando preguntamos por lo que ella sea. Todo el mundo ha oído las dos frases con las que se responde a nuestra pregunta. Una dice: la técnica es un medio para un fin. La otra dice: técnica es un hacer del hombre. Ambas determinaciones de la técnica se copertenecen. Poner fines, disponer y utilizar medios para ellos, es un hacer del hombre. A lo que la técnica es pertenece el elaborar y utilizar instrumentos, aparatos y máquinas, pertenece lo elaborado y utilizado mismo, pertenecen las necesidades y fines a los que sirven. El total de estos dispositivos es la técnica. Ella misma es un dispositivo; dicho en latín: un *instrumentum*.

La concepción corriente de la técnica, según la cual la técnica es un medio y un hacer del hombre, puede, por eso, llamarse la determinación instrumental y antropológica de la técnica.

¿Quién negaría que tal concepción es correcta? Se ajusta evidentemente a lo que está ante la vista cuando se habla de la técnica. La determinación instrumental de la técnica es tan desazonadoramente correcta, que también es verdad para la técnica moderna, aunque se afirme además, con cierto derecho, que frente a la vieja técnica artesana, ella es algo completamente distinto y, por eso, nueva. La central eléctrica con sus turbinas y generadores es también un medio preparado para un fin puesto por el hombre. También el avión a reacción, también la máquina de alta frecuencia, son medios para fines. Naturalmente, una estación de radar es menos simple que una veleta. Naturalmente, necesita la preparación de una máquina de alta frecuencia,

la compulsión de diferentes aspectos del trabajo de la producción técnico-industrial. Naturalmente, un aserradero perdido en un valle de la Selva Negra es un medio primitivo en comparación con la central hidroeléctrica en el Rhin.

Es correcto: también la técnica moderna es un medio para un fin. Por eso, la concepción instrumental de la técnica determina todos los esfuerzos para llevar al hombre a la recta relación con la técnica. Todo estriba en manejar la técnica, en cuanto medio, de la manera adecuada. Se quiere, como se suele decir, "tener espiritualmente en el puño" a la técnica. Se la quiere dominar. El querer dominarla se hace tanto más urgente, cuanto más amenaza la técnica con escapar al control del hombre.

Pero, suponiendo que la técnica no sea ningún simple medio, ¿qué pasa entonces con el querer dominarla? Pero, nosotros dijimos que la determinación instrumental de la técnica es correcta. Ciertamente. Lo correcto constata siempre en lo que está delante de nosotros, algo acertado. La constatación no necesita, en absoluto, para ser correcta, desocultar en su esencia a lo que está delante. Sólo allí donde acontece tal desocultar, acontece lo verdadero. Por eso, lo meramente correcto no es aún lo verdadero. Ante todo, porque éste nos lleva a una libre referencia con lo que nos atañe desde su esencia. Según eso, la correcta determinación instrumental de la técnica no nos muestra aún su esencia. Para lograrla, o, al menos, para que nos movamos en su cercanía, debemos buscar, a través de lo correcto, lo verdadero. Debemos preguntar: lo instrumental mismo ¿qué es? ¿A dónde pertenecen cosas tales como

un medio y un fin? Un medio es aquello por medio de lo cual algo es hecho y, así obtenido. Lo que tiene por consecuencia un efecto, se llama causa. Sin embargo, no solo es causa aquello por medio de lo cual algo es hecho. También el fin, con arreglo al cual se determina la clase de los medios, vale como causa. Donde se persiguen fines y se aplican medios, donde domina lo instrumental, allí impera la causalidad.

La filosofía enseña desde hace siglos que hay cuatro causas: 1. la *causa materialis*, el material, la materia, con la que se prepara, por ejemplo, una copa de plata; 2. la *causa formalis*, la forma, la figura, en la que se introduce la materia; 3. la *causa finalis*, el fin, por ejemplo, el sacrificio, por el cual la copa requerida es determinada según materia y forma, y 4. la *causa efficiens*, que produce el efecto, la copa real hecha, el platero. Lo que sea la técnica, concebida como medio, se hará patente si retrotraemos lo instrumental a la cuádruple causalidad.

Pero, ¿cómo si lo que sea, por su parte, la causalidad está encubierta en lo oscuro? Es cierto que desde hace siglos se toma la teoría de las cuatro causas como una verdad caída del cielo, tan clara como el sol. Entretanto, ha llegado la hora de preguntar: ¿Por qué hay precisamente cuatro causas? ¿Qué quiere decir, propiamente, en referencia a las mentadas cuatro, "causa"? ¿De dónde sacan el carácter de causa las cuatro causas y tan unitariamente, que se copertenecen?

Mientras no nos introduzcamos en este preguntar, permanecerá oscura y sin fundamento la causalidad y con ella lo instrumental y con éste la determinación corriente de la técnica.

Desde hace tiempo se suele concebir la causa como lo que efectúa. Actuar, efectuar, significa por eso: obtener resultados, obtener efectos. La *causa efficiens*, que es una de las cuatro causas, determina de manera decisiva toda causalidad. Esto llega a tal punto que, en general, no se considera más como causalidad a la *causa finalis*, a la finalidad. *Causa, casus*, pertenecen al verbo *cadere*, caer, y significa aquello que hace que en los resultados, algo resulte de una manera o de otra. La teoría de las cuatro causas se remonta a Aristóteles. Sin embargo, en el ámbito del pensar griego, éste no tiene nada que ver con actuar, que es todo lo que la posteridad ha buscado en los griegos bajo la concepción y título de causalidad. Lo que los alemanes llaman *Ursache*, los romanos y nosotros *causa*, se dice en griego αἰτιον, lo que es responsable de algo. Las cuatro causas son los modos de ser-responsable-de, que se copertenecen entre sí. Un ejemplo puede aclarar esto.

La plata es aquello de lo que está hecha la copa de plata. Es, en cuanto esta *materia* (ὕλη), co-responsable de la copa. Ésta adeuda, esto es, tiene que agradecer a la plata aquello en lo que consiste. Pero, el útil para el sacrificio no está en deuda sólo con la plata. En cuanto copa aparece esto que está en deuda con la plata con el aspecto de copa y no con el de brazalete o el de anillo. Así, el útil para el sacrificio está adeudado al mismo tiempo con el *aspecto* (εἶδος) de lo coposo. La plata, en la que el aspecto en cuanto copa es introducido, el aspecto en el que la plata aparece, son ambos, cada uno a su manera, co-responsables del útil para el sacrificio.

Sin embargo, en deuda en tercer lugar está, sobre todo, con esto: aquello que de antemano circunscribe a

la copa al ámbito de la consagración y de la ofrenda. A través de ello es delimitada como **útil** para el sacrificio. Lo delimitante finaliza a la cosa. Con este fin no acaba la cosa, sino que desde él comienza lo que será después de la producción. Lo finalizante, completante, en este sentido, se dice en griego τέλος, que suele traducirse demasiado frecuentemente por "meta" y "fin" y con ello se lo malinterpreta. El τέλος es responsable de lo que como materia y de lo que como aspecto es co-responsable de la copa sacrificial.

Finalmente, hay un cuarto co-responsable en el estar ahí delante, dispuesta y preparada la copa sacrificial: el orfebre; pero, de ninguna manera, porque él obrando efectúe la copa dispuesta para el sacrificio como efecto de un hacer, como **causa efficiens**.

La teoría de Aristóteles no conoció causa designada con esa palabra, ni usó un nombre griego que le correspondiera.

El orfebre, sobreponiéndose, reúne a los otros tres modos citados del ser-responsable-de. Sobreponer se dice en griego λέγειν, λόγος. Éste reposa en el ἀποφάνεσθαι, en el traer a aparecer. El orfebre es co-responsable como aquél desde quien el producir y el descansar en sí de la copa, toma y obtiene su primer surgir. **Los tres modos del ser-responsable-de, mencionados en primer lugar, tienen que agradecer a la sobreposición reunidora del orfebre, que aparezcan y entren en juego para la producción de la copa sacrificial y cómo entren y aparezcan.**

En la copa sacrificial, preparada y lista, coimperan cuatro modos del ser-responsable-de. Son diferentes entre sí y, sin embargo, se copertenecen. ¿Qué los

unifica de antemano? ¿En dónde se juega el juego conjunto de los cuatro modos del ser-responsable-de? ¿De dónde surge la unidad de las cuatro causas? ¿Qué mienta, pensado a la manera griega, este ser-responsable-de?

Nosotros, gentes de hoy, estamos muy inclinados a comprender el ser-responsable-de, moralmente como una falta, o a entenderlo como un modo de actuar. En ambos casos, erramos el camino hacia el sentido de lo que más tarde se llamó causalidad. Mientras este camino no se abra, no veremos tampoco lo que propiamente es lo instrumental, que reposa en lo causal.

Para defendernos de las malas interpretaciones del ser-responsable-de, aclaremos sus cuatro modos desde lo que son responsables. Según el ejemplo, ellos responden-de el estar preparada y del estar puesta la copa de plata como útil para el sacrificio. Estar puesta y estar preparada (ὑποκείσθαι) caracterizan la *presencia* de algo *presente*. Los cuatro modos del ser-responsable-de traen algo a aparecer. Le permiten pro-venir a la *presencia*. Lo liberan en ella y así le permiten avanzar hacia, a saber, su completa llegada. El ser-responsable-de tiene el rasgo fundamental de este permitir-avanzar hacia la llegada. En el sentido de tal permitir-avanzar, es el ser-responsable-de lo que da-lugar-a. Con la mirada puesta en lo que los griegos experimentaron en el ser-responsable-de, en la αἰτία, damos nosotros ahora a la palabra "dar-lugar-a" un sentido más amplio, de modo que la palabra designe la esencia de la causalidad pensada por los griegos. La significación usual y restringida de la palabra ocasionar significa, por el contrario, sólo algo así como

empuje inicial y desatar, y mienta una clase de causa secundaria en el todo de la causalidad.

Pero, ¿en dónde tiene lugar el juego conjunto de los cuatro modos del dar-lugar-a [Ver-an-lassen]? Ellos dejan venir lo todavía no presente a la presencia. Según eso, están imperados unitariamente por un traer, traer haciendo aparecer lo presente. Lo que este traer sea, nos lo dice Platón en una frase del "Symposium" (205 b): ἡ γάρ τοι ἐκ τοῦ μὴ ὄντος εἰς τὸ ὄν ἰόντι ὁποῦν αἰτία πᾶσά ἐστι ποίησις.

"Todo dar-lugar-a que algo (cualquiera que sea) vaya y proceda desde lo no-presente a la presencia, es ποίησις, es pro-ducir".

Todo estriba en que nosotros pensemos el producir en su completo alcance y, al mismo tiempo, en el sentido de los griegos. Pro-ducir, ποίησις es no sólo la hechura artesana, no sólo el traer a forma y figura artístico-poético. También la φύσις, el emerger-desde-sí, es un pro-ducir, es ποίησις. La φύσις incluso es ποίησις en el más elevado sentido. Pues, lo presente φύσει tiene en sí mismo (ἐν ἑαυτῷ) el brotar en el pro-ducir; por ejemplo, el brotar de las flores en el florecer. Por el contrario, lo pro-ducido artesana y artísticamente, por ejemplo la copa de plata, tiene el brotar en el pro-ducir no en sí mismo, sino en otro (ἐν ἄλλῳ), en el artesano y en el artista.

Los modos del dar-lugar-a, las cuatro causas, se juegan, por consiguiente, dentro del pro-ducir. Por éste llega a aparecer, respectivamente, tanto lo que crece naturalmente, como también lo que tiene hechura artesana o artística. Pero, ¿cómo acontece el pro-ducir, ya sea en la naturaleza, ya en la artesanía o en el arte?

¿Qué es el pro-ducir, en el que juega el cuádruple modo del dar-lugar-a? El dar-lugar-a atañe a la presencia de lo que aparece en el producir, en cada caso. El pro-ducir pro-duce desde el velamiento al desvelamiento. El pro-ducir acontece solamente cuando llega lo velado a lo desvelado. Este llegar se mueve y descansa en lo que nosotros llamamos desocultar. Para designarlo los griegos tenían la palabra ἀλήθεια. Los romanos la tradujeron por veritas. Nosotros decimos "verdad", y la entendemos comúnmente como rectitud del concebir [representar: Vorstellen].

¿En dónde nos hemos extraviado? Preguntamos por la técnica y hemos llegado ahora a la ἀλήθεια, al desocultar. ¿Qué tiene que ver la técnica con el desocultar? Respuesta: Todo. Pues, en el desocultarse se funda todo pro-ducir. Pero éste reúne en sí los cuatro modos del dar-lugar-a -la causalidad- y los domina. A su ámbito pertenecen fin y medio, pertenece lo instrumental. Éste vale como el rasgo fundamental de la técnica. Preguntamos paso a paso lo que sea propiamente la técnica, concebida como medio, y llegamos al desocultar. En él descansa la posibilidad de toda fabricación productora.

La técnica no es, pues, simplemente un medio. La técnica es un modo del desocultar. Si prestamos atención a eso, entonces se nos abriría un ámbito distinto para la esencia de la técnica. Es el ámbito del desocultamiento, esto es, de la verdad.

Este aspecto nos sorprende. Debe sorprendernos el mayor tiempo posible y así presionarnos a que, finalmente, tomemos en serio y de una buena vez la más

sencilla pregunta por lo que dice el nombre "técnica". La palabra proviene de la lengua griega. Τεχνικόν mienta lo que pertenece a la τέχνη. Con respecto a la significación de esta palabra, debemos observar dos cosas: de una parte, τέχνη no es sólo el nombre para el hacer y saber artesanos, sino que también lo es para el arte más elevado y para las bellas artes. La τέχνη pertenece al pro-ducir, a la ποίησις; ella es algo poietico.

La otra cosa que, con respecto a la palabra τέχνη hay que meditar, es aún más importante. La palabra τέχνη está unida, desde los comienzos hasta el pensar de Platón, a la palabra ἐπιστήμη. Ambas palabras son nombres para el conocer, en el más amplio sentido. Mientan el entender de algo, el ser experto en algo. El conocer abre. En cuanto abriente, es un desocultar. Aristóteles distingue en una consideración especial. (*Et. Nic.* VI, c. 3 y 4) la ἐπιστήμη y la τέχνη y, ciertamente, desde el punto de vista de lo que desocultan y cómo lo desocultan. La τέχνη es un modo del ἀληθεύειν. Ella mienta lo que por sí mismo no se produce, ni está aún ahí delante de nosotros, por lo que puede tener-lugar ya de una manera, ya de otra. Quien construye una casa o un barco o forja una copa sacrificial, desoculta lo que hay que pro-ducir según los respectos de los cuatro modos del dar-lugar-a. Este desocultar reúne de antemano el aspecto y la materia de barco y de casa sobre la cosa intuita, acabada y lista, y determina desde ahí el modo de la confección. Por consiguiente, lo decisivo de la τέχνη no estriba, de ninguna manera, en el hacer y manipular; tampoco en aplicar medios, sino en el citado desocultar. Como desocultar, no como confeccionar, es la τέχνη un producir.

Así, con la alusión a lo que la palabra τέχνη dice y a cómo la determinaron los griegos, llegamos a la misma conexión que se nos abrió cuando perseguíamos la pregunta por lo que sea, en verdad, lo instrumental en cuanto tal.

La técnica es un modo del desocultar. La técnica presencia en el ámbito en el que acontece desocultar y desvelamiento, ἀλήθεια, verdad.

Frente a esta determinación del ámbito esencial de la técnica, se puede objetar que vale, ciertamente, para el pensar griego y que conviene, en el mejor de los casos, a la técnica manual, pero que no puede aplicarse a la moderna técnica de máquinas. Y precisamente, solamente ella es la que nos perturba y mueve a preguntar por "la" técnica. Se dice que la técnica moderna es incomparable con todas las anteriores, porque se apoya en la ciencia moderna, natural y exacta. Entretanto, se reconoce claramente que vale también lo inverso: la física moderna, en cuanto experimental, está referida a los aparatos técnicos y al progreso en la construcción de aparatos. La constatación de esta interrelación entre técnica y física es justa. Pero es una simple constatación historiográfica de hechos, que no dice nada sobre aquello en que se funda esta interrelación. La pregunta decisiva sigue siendo: ¿De qué esencia es la técnica moderna para que pueda ocurrir que aplique la ciencia natural?

¿Qué es la técnica moderna? Es también un desocultar. Si nosotros clavamos la mirada sobre todo en este rasgo fundamental, se nos mostrará lo nuevo de la técnica moderna.

Ahora bien, el desocultar que domina a la técnica moderna no se despliega en un producir en el sentido de *ποίησις*. El desocultar imperante en la técnica moderna es un provocar que pone a la naturaleza en la exigencia de liberar energías, que en cuanto tales puedan ser explotadas y acumuladas. Pero, ¿no vale esto también para el viejo molino de viento? No. Sus aspas giran, ciertamente, en el viento, a cuyo soplar quedan inmediatamente entregadas. Pero el molino de viento no abre las energías de las corrientes de aire para acumularlas.

Por el contrario, una región es provocada a la extracción de carbón y minerales. La tierra se desoculta ahora como región carbonífera, el suelo como lugar de yacimiento de minerales. De otra manera aparece el campo, que el campesino antiguamente labraba, en donde labrar aún quiere decir: cuidar y cultivar. El hacer del campesino no provoca al campo. En el sembrar las simientes, abandona él la siembra a las fuerzas del crecimiento y cuida su germinación. Entretanto, la labranza del campo ha caído en la resaca de otro modo de labrar, que pone a la naturaleza. La pone en el sentido de provocación. El campo es ahora industria motorizada de la alimentación. El aire es puesto dentro de la entrega de nitrógeno, el suelo por los minerales; minerales, por ejemplo, el uranio, éste por la energía atómica, que puede ser desintegrada para destrucción o para usos pacíficos.

El poner, que provoca las energías naturales, es un exigir en un doble sentido. Exige en cuanto abre y expone [*herausstellen*]. Sin embargo, este exigir está subpuesto [*abstellen*] de antemano a lo otro que se

exige, esto es, impulsar la utilización mayor que sea posible con el mínimo esfuerzo. El carbón extraído en una región carbonífera no se pone sólo para que, en general, esté ante la vista en alguna parte. Yace, esto es, es el sitio de la distribución del calor solar en él acumulado. Éste es transformado en calor, que es distribuido por el vapor liberado, cuya presión empuja el engranaje por el cual una fábrica permanece en explotación.

La central hidroeléctrica está puesta en el Rhin. Y lo dispone hacia su presión hidráulica, dispuesta para las turbinas, que, girando, impulsan las máquinas, cuyo engranaje produce la corriente eléctrica, que es distribuida a través de las centrales interurbanas y su red eléctrica, que conduce la corriente. En el ámbito de esta serie de consecuencias, mutuamente relacionadas, de la distribución de la energía eléctrica, la corriente del Rhin aparece también como algo distribuido. La central hidroeléctrica no está construida en la corriente del Rhin como los viejos puentes de madera, que, desde hace siglos, unen una orilla con la otra. Más bien, está el río construido [obstruido: *verbaut*] en la central. Es, lo que ahora es como corriente, esto es, proveedor de presión hidráulica, desde la esencia de la central eléctrica. Prestemos atención a lo desazonador que impera allí, aunque sea para medir desde lejos y por un instante, la contraposición que se expresa en estos dos títulos: 'El Rhin', construido [obstruido: *verbaut*] en la central de energía eléctrica, y 'El Rhin', nombrado desde la obra de *arte* del himno sinónimo de Hölderlin. Pero, se responde, el Rhin es de todas maneras un río de la comarca. Pudiera ser, pero ¿cómo? No de otra

manera que como objeto de visita establecido por una agencia de viajes, que ha establecido allí una industria para turistas.

El desocultar que domina a la técnica moderna tiene el carácter de poner en el sentido de la pro-vocación. Ésta acontece de tal manera que **se descubren las energías ocultas en la naturaleza; lo descubierto es transformado; lo transformado, acumulado; lo acumulado, a su vez, repartido y lo repartido se renueva cambiado.** Descubrir, transformar, acumular, repartir, cambiar, son modos del desocultar. Sin embargo, esto no transcurre sencillamente. Tampoco se extravía en lo indeterminado. El desocultar desoculta a él mismo sus propios, múltiples y ensamblados carriles, a través de los cuales él dirige. La dirección misma es asegurada por todas partes. Dirección y aseguramiento llegan a ser, incluso, los rasgos capitales del desocultar pro-vocante.

¿Qué clase de desvelamiento es propio de aquello que se realiza por medio del desocultar pro-vocante? Por doquiera se establece que tiene que estar en todas partes, lugar por lugar, y estar, ciertamente, para que sea establecible para un establecer ulterior más amplio. Lo establecido de esta manera tiene su propio estado [Stand]. Nosotros lo llamamos lo *constante* [Bestand: depósito]. La palabra mienta aquí algo más y más esencial que mero constar de. La palabra "*constante*" se mueve ahora en el rango de un título. Caracteriza nada menos que el modo como está presente todo lo que se refiere al desocultar provocante. Lo que está en el sentido de lo *constante* no se contrapone a nosotros más como ob-stante [Gegenstand: objeto].

Pero, un avión que está en la pista de despegue es, aún, un objeto. Ciertamente. Podemos concebir la máquina de esa manera. Pero, entonces se oculta en lo que es y cómo lo es. Está desoculto en la pista de transporte como constante, sólo en cuanto que él está establecido a asegurar la posibilidad del transporte. Para eso, tiene que ser él mismo, en su total construcción, con todos sus componentes, apto para ser establecido, esto es, estar preparado para salir. (Éste sería el lugar para dilucidar la determinación de la máquina por Hegel como instrumento independiente. Vista desde el instrumento artesanal, su caracterización es justa. Pero, pensada desde la esencia de la técnica, a la que pertenece, la máquina no es precisamente así. Vista desde lo *constante*, la máquina es, en absoluto, no-independiente; pues ella recibe su estado únicamente del establecer de lo establecible).

Que ahora, cuando intentamos mostrar la técnica moderna como un desocultar pro-vocante, nos acosen las palabras "poner" [stellen], "establecer" [bestellen: encargar, requerir, poner a disposición], "*constante*" [Bestand], y que se amontonen de una manera seca, uniforme y, por eso, enojosa, tiene su fundamento en lo que llega a lenguaje.

¿Quién realiza el poner pro-vocante, por el cual es desocultado lo que se llama lo real, en cuanto *constante*? Evidentemente, el hombre. ¿Hasta qué punto puede el hombre con tal desocultar? El hombre puede, ciertamente, concebir, formar e impulsar, esto o aquello, de una manera o de otra. Pero, del desvelamiento, en el que, en cada caso, lo real se muestra o se retrae, no dispone el hombre. Que desde Platón se

muestre lo real a la luz de las ideas, no lo hizo Platón. El pensador sólo ha correspondido [entsprechen] a lo que le interpelaba [zusprechen].

Sólo en cuanto que el hombre, por su parte, está pro-vocado ya a pro-vocar las energías de la naturaleza, puede acontecer este desocultar establecedor. Si el hombre está pro-vocado y establecido para eso, entonces ¿no pertenece el hombre, más originariamente aún que la naturaleza, a lo *constante*? El hablar corrientemente de material humano y de material enfermo de una clínica, habla en su favor. El guarda-bosque que en el bosque mide la madera talada y que, al parecer, recorre como su abuelo y de igual manera, los caminos del bosque, está hoy establecido, sépalo o no, en la industria de la utilización de la madera. Está establecido en la productibilidad de celulosa que, a su vez, viene pro-vocada por la necesidad de papel, que se distribuye a los diarios y revistas ilustradas. Pero estos predisponen a la opinión pública a que devore lo impreso, para que pueda llegar a establecerse una opinión dominante, que hay que establecer. Sin embargo, precisamente porque el hombre está pro-vocado más originariamente que las energías naturales a saber, al establecer, no llega a ser jamás un mero *constante*. Impulsando el hombre la técnica, participa en el establecer en cuanto un modo del desocultar. Pero, el desvelamiento mismo, en medio del cual se despliega el establecer, no es nunca un hecho humano, así como tampoco lo es el ámbito que atraviesa el hombre cuando como sujeto se refiere a un objeto.

¿Dónde y cómo acontece el desocultar, si no es ningún simple hecho del hombre? No necesitamos

buscar demasiado lejos. Sólo es necesario captar con imparcialidad aquello que siempre ha reclamado al hombre y tan decisivamente que él sólo puede ser hombre como lo reclamado en cada caso. Siempre que el hombre abre sus ojos y oídos, que franquea su corazón, que se da libremente en sus afanes y esfuerzos, en su formar y obrar, en sus ruegos y agradecimientos, se encuentra ya, por doquiera, llevado en lo desvelado. Cuyo desvelamiento ya se ha acontecido-apropiadamente, tan frecuentemente como invoca al hombre al modo del desocultar que le corresponde. Cuando el hombre, a su manera, dentro del desvelamiento, desoculta lo *presente*, entonces él no hace sino corresponder a la llamada del desvelamiento, aun cuando la contradiga. Así, pues, cuando el hombre que investiga y considera, pone la naturaleza como recinto de su concebir, entonces está ya reclamado por un modo del desocultar, que le pro-voca a considerar la naturaleza como un objeto de investigación, hasta que el objeto desaparece también en lo sin-objeto de lo *constante*.

De esta manera, la técnica moderna, como el desocultar estableciendo, no es un simple hacer humano. Por eso debemos tomar, tal y como se muestra, el pro-vocar que dispone al hombre a tomar lo real como *constante*. Este pro-vocar reúne al hombre en el establecer. Esto reuniente concentra al hombre a establecer lo real como *constante*.

Lo que despliega originariamente los rasgos montañosos de las montañas [Berge] y así las atraviesa en su plegado estar unas con otras, es lo que reúne, que nosotros llamamos serranía [Gebirg].

Nosotros llamamos a aquello que reúne originariamente, sobre lo que se despliegan los modos según los cuales nos sentimos animados [zumute] de una manera o de otra, el ánimo [Gemüt].

Nosotros llamamos ahora aquella interpelación provocante, que reúne al hombre en ella a establecer lo desocultado como *constante*, lo *dis-puesto* [das *Ge-stell*].

Nos arriesgamos a emplear esta palabra en un sentido hasta ahora completamente insólito.

Según la significación habitual mienta la palabra "Gestell" un útil, por ejemplo, un estante para libros. *Gestell* significa también [en alemán] un esqueleto. Y tan horrible como esqueleto parece ser el uso de la palabra "Gestell" ["dispuesto"], que ahora proponemos; para no hablar de la arbitrariedad con que se maltrata el desarrollo del lenguaje con palabras como ésta. ¿Se puede impulsar aún más lo estrambótico? Ciertamente, no. Pero esto estrambótico es viejo uso del pensar. Y, por cierto, se traman a él los pensadores, precisamente allí donde hay que pensar lo más elevado. Nosotros, tardíamente nacidos, no estamos ya más en situación de columbrar lo que significa que Platón se atreviese a usar para lo que esencia [west] en todo y en cada cosa [in allem und jedem], la palabra εἶδος. Pues, εἶδος significa en el lenguaje cotidiano, el aspecto que una cosa sensible ofrece a nuestro sentido de la vista. Sin embargo, Platón propone esta palabra para designar, lo que era totalmente insólito, aquello que, precisamente, nunca jamás puede ser perceptible con el sentido de la vista. Pero, ni siquiera eso es suficiente para lo insólito. Pues ἰδέα nombra no sólo el aspecto no-sensible de lo visible sensitivamente. Aspecto, ἰδέα, significa y es también lo que

en lo audible, tangible, sensible, en lo que de la manera que sea nos es accesible, constituye la esencia. Frente a lo que Platón ha exigido al lenguaje y al pensar, en éste y otros casos, es casi anodino el presente y atrevido uso de la palabra "dis-puesto", como nombre de la esencia de la técnica moderna. No obstante, el uso lingüístico pedido queda como presuntuoso y es mal entendido.

Dis-puesto significa lo reunidor de aquel poner, que pone al hombre, esto es, lo pro-voca, a desocultar, en el modo del establecer, lo real en cuanto lo *constante*. Dis-puesto significa el modo del desocultar que impera en la esencia de la técnica moderna y que él mismo no es nada técnico. A lo técnico, por el contrario, pertenece todo lo que nosotros conocemos como varillajes, rodamientos, andamios, y demás componentes de lo que se llama montaje. Sin embargo, éste cae, junto con los mencionados componentes, en el recinto del trabajo técnico, que siempre y sólo corresponde a la pro-vocación de lo dis-puesto, pero que nunca constituye o hace a este mismo.

La palabra "poner" [stellen] mienta en el título dis-puesto [Ge-stell] no sólo el pro-vocar; debe guardar al mismo tiempo la resonancia de otro "poner", del que deriva; a saber, de aquel re-poner [Her-stellen] y ex-poner [Dar-stellen] que deja aparecer, en el sentido de la ποίησις, lo *presente* en el desvelamiento. Este re-poner pro-ducente, por ejemplo, el erigir [Aufstellen] una estatua en el recinto del templo, y el ahora meditado establecer pro-vocante son, por cierto, fundamentalmente distintos y, sin embargo, están emparentados en la esencia. Ambos son modos del desocultar, de la ἀλήθεια. En lo dis-puesto acontece-apropiadamente el desvelamiento, conforme al cual el trabajo de la

técnica moderna desoculta lo real como *constante*. Por eso, no es sólo ni un hacer humano, ni mucho menos un simple medio dentro de tal hacer. La determinación únicamente instrumental y antropológica de la técnica llega a ser, en principio, algo caduco y no se la puede completar por medio de una dilucidación religiosa o metafísica, sólo intercalada.

Realmente es verdad que el hombre de la era técnica está pro-vocado de un modo especial y sobresaliente al desocultar. Éste concierne inmediatamente a la naturaleza como al principal almacén de existencias de energías. Conforme a esto, el comportamiento establecedor del hombre se muestra ante todo en la aparición de la moderna ciencia natural exacta. La manera de concebir de ésta pone a la naturaleza como una conexión calculable de fuerzas. La física moderna no es física experimental porque en sus pesquisas acerca de la naturaleza aplique aparatos, sino que, inversamente: porque la física, y por cierto, como pura teoría, pone a la naturaleza como lo que hay que concebir en cuanto conexión de fuerzas, previamente calculable, es por lo que se establece el experimento; esto es, para indagación de si la naturaleza, puesta de esa manera, se anunciará y cómo lo hará.

Pero, podría objetarse que la ciencia físico-matemática ha surgido casi dos siglos antes que la técnica moderna. ¿Cómo podría entonces estar ya al servicio de la técnica moderna? Los hechos atestiguan lo contrario. ¿No progresó la técnica moderna cuando pudo apoyarse en la ciencia exacta de la naturaleza? Historiográficamente calculada, la objeción es correcta. Históricamente pensada, no encuentra lo verdadero.

La teoría física moderna de la naturaleza es la que prepara el camino no sólo de la técnica, sino también de la esencia de la técnica moderna. Pues el reunir pro-vocante en el desocultar establecedor, impera ya en la física. Pero en ella aún no aparece propiamente. La física moderna es la precursora, desconocida aún en sus orígenes, de lo dis-puesto. La esencia de la técnica moderna se oculta desde hace bastante tiempo también ahí, donde se han inventado máquinas motrices y se ha puesto en vía la electrotecnia y en marcha la técnica atómica.

Todo lo esencial, y no sólo de la técnica moderna, se mantiene velado por todas partes y desde hace mucho tiempo. Sin embargo, con respecto a su imperar permanece como lo que a todo precede: lo más antiguo. De ello supieron los pensadores griegos cuando dijeron: aquello que, con respecto al surgir imperante, es más antiguo, se hace evidente a nosotros los hombres tardíamente. Lo antiguo principal no se muestra al hombre sino últimamente. Por eso, en el ámbito del pensar hay que esforzarse para repensar lo pensado al comienzo aún más inicialmente, no con la absurda voluntad de renovar el pasado, sino con la sobria disposición de ánimo de admirarse ante lo venidero de lo antiguo.

Según la cronología historiográfica, el comienzo de la ciencia natural moderna está en el siglo xvii. Por el contrario, la técnica de máquinas se desarrolla especialmente en la segunda mitad del siglo xviii. Pero lo más tardío según la constatación historiográfica, la técnica moderna, es, con respecto a la esencia dominante en ella, históricamente más antiguo.

Que la física moderna tenga que resignarse en medida creciente a que su ámbito de representación quede inintuido, no le viene dictado por ninguna comisión de investigadores. Viene pro-vocado por el imperar de lo dis-puesto, que exige el establecimiento de la naturaleza como *constante*. Por eso, aunque la física se aleje del modo de concebir únicamente vertido hacia objetos (modo, hasta hace poco el único que contaba), no obstante, no puede renunciar jamás a esto: que la naturaleza se anuncia, en cualquier modo, mediante el cálculo establecible, y que ella sigue siendo establecible como un sistema de informaciones. Este sistema se determina entonces desde una concepción de la causalidad, modificada a su vez. Ésta no muestra ahora ni el carácter del pro-ducente dar-lugar-a, ni el modo de la *causa efficiens* o, pues, de la *causa formalis*. Parecería que la causalidad se reduce a un anunciar pro-vocado, que pone en seguridad a todos los *constantes*, simultánea o sucesivamente. A esto correspondería el proceso del creciente renunciar, que relata de manera impresionante la conferencia de Heisenberg. (W. Heisenberg, 'La imagen de la naturaleza en la física actual', en *Las artes en la era técnica*, München, 1954, pp. 43 ss.)

Porque la esencia de la técnica moderna reposa en lo dis-puesto, tiene que aplicar la ciencia natural exacta. De eso surge el engañoso parecer que la técnica moderna es ciencia natural aplicada. Este parecer puede mantenerse mientras no se haya indagado suficientemente ni el origen esencial de la ciencia moderna, ni la esencia de la técnica moderna.

Nosotros preguntamos por la técnica para traer a luz nuestra relación con su esencia. La esencia de la técnica moderna se muestra en lo que nosotros llamamos lo dis-puesto. Pero la alusión a eso no es, de ninguna manera, la respuesta a la pregunta por la técnica, si responder significa: corresponder, esto es, a la esencia de aquello por lo que se pregunta.

¿Dónde nos veremos llevados si nosotros ahora, en torno a un nuevo paso, perseguimos más ampliamente lo que sea lo dis-puesto mismo en cuanto tal? Ello no es nada técnico, nada de tipo de máquina. Es el modo según el cual lo real se desoculta como *constante*. De nuevo preguntamos: ¿Acontece este desocultar en algún lugar más allá de toda actividad humana? No. Pero tampoco acontece sólo en el hombre y decisivamente por él.

Lo dis-puesto es lo que reúne a aquel poner, que pone al hombre a desocultar lo real en el modo del establecer como *constante*. El hombre, en cuanto pro-vocado de esa manera, está en el ámbito esencial de lo dis-puesto. Él no puede, en absoluto, asumir posteriormente una relación con él. Por eso, la pregunta cómo podremos alcanzar una relación con la esencia de la técnica, ocurre, de esta manera, siempre demasiado tarde. Pero la pregunta no ocurre demasiado tarde si nosotros nos experimentamos propiamente como aquellos cuyo hacer y omitir, ya abiertamente, ya encubiertamente está pro-vocado por todas partes por lo dis-puesto. Pero especialmente jamás ocurre la pregunta demasiado tarde si nosotros nos introducimos, y nos introducimos propiamente, en donde lo dis-puesto mismo se esencia.

La esencia de la técnica moderna lleva al hombre al camino de aquel desocultar, por el que lo real deviene por todas partes y de una manera más o menos perceptible, *constante*. Poner en un camino quiere decir en alemán *schicken* (destinar). Nosotros llamamos al destino que reúne, que pone al hombre en un camino del desocultar, el *destino* [Geschick]. Desde aquí se determina la esencia de toda historia, que no es sólo ni el objeto de la historiografía, ni sólo la realización de la actividad humana. Ésta llega a ser histórica ante todo como algo destinado (Cfr. *De la esencia de la verdad*, 1930; primera edición, 1943, p. 16 s.). Y especialmente, el destino, en el representar objetivante, hace accesible lo histórico para la historiografía; esto es, una ciencia, y desde ahí hace posible la usual equiparación de lo histórico con lo historiográfico.

Lo dis-puesto, en cuanto pro-vocación en el establecer, destina en un modo del desocultar. Lo dis-puesto es una destinación del destino, como toda manera de desocultar. Destino, en el sentido mencionado, es también el producir, la *ποίησις*.

El desvelamiento de lo que es siempre va sobre un camino del desocultar. Siempre impera al hombre el destino del desocultamiento. Pero no es jamás la fatalidad de una coacción. Pues, precisamente el hombre llega a ser libre en tanto que pertenece al ámbito del destino y, así, llega a ser un oyente, no un esclavo.

La esencia de la libertad está *originariamente* ordenada no a la voluntad ni a la causalidad del querer humano.

La libertad gobierna lo libre en el sentido de lo iluminado, esto es, de lo desocultado. El acontecimiento

del desocultar, esto es, de la verdad, es lo que está en el más próximo e íntimo parentesco con la libertad. Todo desocultar pertenece a un albergar y velar. Pero velado está y siempre velándose, lo que liberta, el misterio. Todo desocultar viene de lo libre, va a lo libre y lleva a lo libre. La libertad de lo libre no consiste ni en lo disoluto de la arbitrariedad, ni en la sujeción a simples leyes. La libertad es lo iluminante velante, en cuya luz se corre aquel velo que emboza lo esencial de toda verdad y deja aparecer al velo como lo que emboza. La libertad es el ámbito del destino; lo que lleva, en cada caso, a un desocultamiento a su camino.

La esencia de la técnica moderna reposa en lo dis-puesto. Este pertenece al destino del desocultamiento.

Las frases anteriores dicen otra cosa que lo que se dice frecuentemente: que la técnica es el destino de nuestra época; donde destino mienta: lo fatal de un curso inalterable.

Sin embargo, si nosotros meditamos la esencia de la técnica, entonces experimentamos lo dis-puesto como un destino del desocultamiento. Así, nos mantenemos ya en lo libre del destino, que, de ninguna manera, nos confina en una sofocante coacción, para dedicarnos ciegamente a la técnica, o, lo que es lo mismo, para revelarnos sin amparo contra ella y condenarla como obra del diablo. Por el contrario: cuando nosotros nos abrimos propiamente a la *esencia* de la técnica, nos encontramos tomados inesperadamente por un reclamo liberador.

La esencia de la técnica reposa en lo dis-puesto. Su imperar pertenece al destino. Porque éste lleva, en cada caso, al hombre a un camino del desocultar, el

hombre en camino está continuamente al borde de la posibilidad de perseguir y activar sólo lo desocultado en el establecer y tomarlo como medida de todo. Con ello se cierra la otra posibilidad: que el hombre se entregue más bien, más y siempre más principalmente, a la esencia de lo desvelado y de su desvelamiento, para experimentar como su esencia la fructuosa pertenencia al desocultar.

Emplazado entre estas posibilidades, el hombre, desde el destino, está en peligro. El destino del desocultamiento es en cuanto tal y en todos sus modos, y por eso necesariamente, *peligro*.

En cualquiera de los modos en que pueda imperar el destino del desocultamiento, el desvelamiento, en el que todo lo que es se muestra en cada caso, oculta el peligro de que el hombre se equivoque en lo desvelado y lo malinterprete. Así, cuando todo lo presente se concibe a la luz de la conexión causa-efecto, incluso Dios puede perder todo lo sagrado y alto, puede perder su lejanía plena de misterio. Dios puede, a la luz de la causalidad, decaer en una causa, la *causa efficiens*. Entonces, incluso dentro de la teología, Él llega a ser el Dios de los filósofos; esto es, de aquellos que determinan lo desvelado y velado según la causalidad del hacer, sin meditar jamás en ello la proveniencia de la esencia de esta causalidad.

De igual manera, el desvelamiento según el cual la naturaleza se concibe como una conexión de efectos de fuerzas calculables, puede permitir, ciertamente, constataciones exactas; pero, precisamente, a través de estos resultados persiste el peligro de que en todo lo exacto se retraiga lo verdadero.

El destino del desocultamiento no es en sí un peligro cualquiera, sino *el* peligro.

Pero cuanto impera el destino en el modo de lo dis-puesto, entonces hay el peligro supremo. Esto se nos atestigua por dos respectos. Tan pronto como lo desvelado no concierne al hombre ni siquiera como objeto, sino exclusivamente como *constante*, y el hombre en medio de lo sin-objeto no es más que el constanciador de lo *constante*, va el hombre sobre el borde más escarpado del precipicio; esto es, va hacia un punto en que él mismo no podrá ser tomado sino como *constante*. En medio de todo esto, el hombre precisamente así amenazado se pavonea como señor de la Tierra. Así se extiende la mera apariencia de que todo lo que encontramos sólo es consistente por ser un producto del hombre. Esta falsa apariencia alimenta una última apariencia engañosa. Según ella, parece que el hombre encuentra por todas partes sólo a sí mismo. Heisenberg ha insistido con toda razón, que así se le tiene que presentar lo real al hombre actual (loc. cit. pp. 60 ss.). *Entretanto, el hombre ya no encuentra más, ni en parte alguna, precisamente a sí mismo, es decir, a su esencia*. El hombre está tan decisivamente metido en las consecuencias de la pro-vocación de lo dis-puesto, que no lo percibe como una interpelación y se pasa por alto a sí mismo como lo interpelado y con eso desoye también todos los modos que le indicarían hasta qué punto él ec-siste desde su esencia en el ámbito de una llamada [Zuspruch] y que *jamás* por eso *puede* encontrar sólo a sí mismo.

Pero lo dis-puesto no sólo amenaza al hombre en su referencia consigo mismo y con todo lo que

es. En cuanto destino remite al desocultar del tipo del establecer. Donde éste domina expulsa todas las otras posibilidades de desocultamiento. Lo dis-puesto vela especialmente aquel desocultar que hace que se pro-duzca el aparecimiento de lo *presente* en el sentido de la *ποίησις*. En comparación con éste, el poder pro-vocante constriñe a todo lo que es a la relación exactamente contraria. Cuando impera lo dis-puesto, gobierno y aseguramiento de lo *constante* acuñan a todo desocultar. Incluso no le dejan aparecer más en su rasgo fundamental; esto es, en cuanto tal determinado desocultar.

Así pues, lo dis-puesto pro-vocante no sólo vela un modo anterior del desocultar, el pro-ductor, sino que vela el desocultar en cuanto tal y con él, aquello en lo que el desvelamiento, esto es, la verdad, acontece-apropiadamente [*ereignet*].

Lo dis-puesto disloca [*verstellen*] el aparecer y dominar de la verdad.

El destino que destina en el establecer es, según esto, el más extremado peligro. Lo peligroso no es la técnica. No hay ningún demonio de la técnica, sino, por el contrario, el misterio de su esencia. La esencia de la técnica es, en cuanto un destino del desocultar, el peligro. La significación modificada de la palabra "dis-puesto", se nos hace ahora quizás más familiar, si pensamos dis-puesto [*Ge-stell*] en el sentido de destino [*Geschick*] y peligro [*Gefahr*].

La amenaza no le viene al hombre principalmente de que las máquinas y aparatos de la técnica puedan actuar quizás de modo mortífero. La más peculiar amenaza se ha introducido ya en la esencia del hombre. El

dominio de lo dis-puesto amenaza con la posibilidad de que el hombre pueda rehusarse a retrotraerse a un desocultar más originario y así negarse a experimentar el aliento [*Zuspruch*: llamada] de una verdad más inicial.

Así, pues, donde domina lo dis-puesto, hay, en el sentido más elevado, *peligro*.

"Pero, donde hay peligro
crece también lo salvador".

Meditemos cuidadosamente la palabra de Hölderlin. ¿Qué quiere decir "salvar"? Comúnmente opinamos que sólo significa: atrapar precisamente a lo amenazado de destrucción para asegurarlo en su persistencia anterior. Pero "salvar" quiere decir algo más. "Salvar" es: reconducir hacia la esencia, para, de esta manera, traer ante todo a la esencia a su propio brillar. Si la esencia de la técnica, lo dis-puesto, es el peligro más extremado, y si al mismo tiempo la palabra de Hölderlin dice la verdad, entonces no puede agotarse el señorío de lo dis-puesto sólo en dislocar todo iluminar de todo desocultamiento, todo brillar de la verdad. Más bien, precisamente la esencia de la técnica tiene que albergar en sí el crecimiento de lo salvador. Pero, ¿no bastaría entonces una mirada suficiente en lo que lo dis-puesto es como un destino del desocultar, para hacer lucir a lo salvador en su surgir?

¿Hasta qué punto crece allí donde hay peligro también lo salvador? Donde algo crece, se enraíza y, desde allí, se desarrolla. Ambos acontecen callada y tranquilamente y a su tiempo. Pero, por las palabras

del poeta no podemos precisamente esperar que allí donde hay peligro, podamos captar lo salvador inmediatamente y sin preparación. Por eso, ahora tenemos que meditar en primer lugar hasta qué punto en lo que es el supremo peligro, en el imperar de lo dis-puesto, está enraizado lo salvador, incluso hasta lo más profundo, y desde allí se desarrolla. Para meditar sobre tal cosa es necesario, a través de un último paso de nuestro camino, que miremos al peligro aún con más claros ojos. Consecuentemente, tenemos que preguntar, una vez más, por la técnica. Pues, según lo dicho, en su esencia está enraizado y crece lo salvador.

Sin embargo, ¿cómo podremos ver lo salvador en la esencia de la técnica, mientras no meditemos en qué sentido de "esencia" lo dis-puesto es propiamente la esencia de la técnica?

Hasta ahora hemos entendido la palabra "esencia" en su significación corriente. En el lenguaje escolar de la filosofía, "esencia" quiere decir lo que algo es, en latín: *quid*. La *quidditas*, la quiddidad, da respuesta a la pregunta por la esencia. Lo que conviene, por ejemplo, a toda clase de árboles, roble, haya, abedul, abeto, es lo arbóreo mismo. Bajo éste en cuanto género común, lo "universal", caen los árboles reales y posibles. ¿Es entonces la esencia de la técnica, lo dis-puesto, el género común de todo lo técnico? Si así fuera, entonces, por ejemplo, una turbina a presión, una emisora, un ciclotrón, serían algo dis-puesto. Pero la palabra dis-puesto no mienta ahora ningún artefacto, ningún tipo de aparatos. Ni mucho menos el concepto general de tales constantes. Las máquinas y aparatos son tan poco casos y tipos de lo dis-puesto, como el hombre

en el tablero de control, o el ingeniero en la oficina de la construcción. Todo esto pertenece, ciertamente, en cuanto componentes, en cuanto constantes, en cuanto establecedores, en cada caso a su manera, a lo dis-puesto; pero éste no es jamás la esencia de la técnica en el sentido de un género. Lo dis-puesto es un modo destinal del desocultar, a saber, el pro-vocador. Un tal modo destinal es también el pro-ducente desocultar, la *ποίησις*. Pero estos modos no son especies que puedan ser ordenadas unas junto a otras bajo el concepto de desocultar. El desocultamiento es aquel destino que se reparte en cada caso, repentina e inexplicablemente para todo pensar, en el desocultar pro-ducente y en el pro-vocante, y que se entrega al hombre. El desocultar pro-vocante tiene en el pro-ducente su proveniencia destinal. Pero, al mismo tiempo, lo dis-puesto disloca destinalmente a la *ποίησις*.

Así, pues, lo dis-puesto como un destino del desocultamiento es, ciertamente, la esencia de la técnica; pero, nunca esencia en el sentido de género y de *essentia*. Si observamos atentamente esto, encontraremos algo sorprendente: la técnica es lo que exige de nosotros que pensemos en otro sentido lo que se comprende comúnmente por "esencia". Pero, ¿en cuál?

Ya cuando decimos "Hauswesen" [asuntos de la casa], "Staatswesen" [asuntos del estado], no mentamos lo general de un género, sino el modo cómo casa y estado imperan, se administran, despliegan y decaen. Es el modo como ellos son esencialmente. J.P. Hebel usó en un poema, que Goethe amó especialmente, "Espectro en la calle Kanderer", la vieja palabra "Die Weserei". La palabra significa municipalidad,

en cuanto se reúne allí la vida en común y mantiene "en juego", esto es, esencia, a la existencia aldeana. Del verbo esenciar [wesen] deriva en primer lugar el sustantivo. "Esenciar" [wesen], entendido verbalmente es lo mismo que durar [währen]; no sólo desde el punto de vista de la significación, sino también en la formación fonética de la palabra. Ya Sócrates y Platón pensaron la esencia de algo como lo esente en el sentido de durante. Sin embargo, ellos pensaron lo durante como lo perdurante (ἀεὶ ὄν). Pero lo que perdura lo encontraron en lo que se mantiene permanente en todo lo que sucede. Esto permanente, a su vez, lo descubrieron en el aspecto (εἶδος, ἰδέα), por ejemplo, en la idea "casa".

En ella se muestra todo lo que es de ese tipo. Por el contrario, las casas singulares, reales y posibles, son cambiantes y transitorias derivaciones de la "idea" y pertenecen, por tanto, a lo no duradero.

Pero en ninguna parte está fundamentado que lo que perdura única y solamente pueda reposar en lo que Platón piensa como ἰδέα, Aristóteles como τὸ τί ἦν εἶναι (lo que algo, en cada caso, ya era) y en lo que la metafísica piensa, en distintas interpretaciones, como *essentia*.

Todo lo esente dura. Pero, ¿lo duradero es lo que siempre perdura? ¿Perdura la esencia de la técnica en el sentido de lo perdurante de una idea, que flota sobre todo lo técnico, de tal manera que de ahí surja la apariencia de que el nombre "la técnica" miente un mítico *abstractum*? Cómo se esencie la técnica sólo se podrá ver a partir de aquello siempre perdurante, en lo que acontece lo dis-puesto como un destino del

des-ocultar. Goethe empleó en cierta ocasión (*Afinidades electivas*, II parte, Cap. X, en la novela corta "Los extraños hijos del vecino"), en lugar de fortwähren [siempre-perdurante], la misteriosa palabra "fortgewähren" [confiar siempre]. Su oído percibe ahí "währen" y "gewähren", perdurar y confiar, en una inefable armonía. Ahora bien, si meditamos más pensativamente que hasta ahora lo que propiamente, y quizás únicamente, dura, entonces tenemos que decir: sólo lo confiado perdura. Lo perdurante desde el alba inicial es lo confiante [*das Gewährende*: lo otorgante].

En cuanto lo esente de la técnica, es lo dis-puesto lo que dura. ¿Domina entonces éste en el sentido de lo confiante? Incluso la pregunta parece ser, evidentemente, un desacierto. Pues, lo dis-puesto es, según todo lo dicho, un destino que reúne en el desocultamiento pro-vocante. Pro-vocar es todo menos un confiar. Parecerá así mientras nosotros no prestemos atención a que también el pro-vocar en el establecer lo real como *constante*, sigue siendo todavía un destino, que lleva al hombre a un camino del desocultar. La esencia de la técnica en cuanto este destino, introduce al hombre en lo que él mismo y por sí mismo ni puede inventar ni, mucho menos, hacer; pues, algo así como un hombre que sea hombre única y solamente por sí mismo, no lo hay.

Pero, si este destino, lo dis-puesto, es el más extremado peligro, no sólo para la esencia del hombre, sino también para todo desocultar en cuanto tal, ¿puede aún llamarse a este destinar un confiar [*ein Gewähren*: un otorgar]? Cierta y completamente, siempre que en este destino deba crecer lo salvador. Todo destino de

un desocultar acontece-apropiadamente desde el confiar y en cuanto tal. Pues, éste lleva al hombre ante todo a que participe en el desocultar, participación que necesita el advenimiento del desocultamiento. En cuanto necesitado de esa manera es el hombre apropiado al advenimiento de la verdad. Lo confiador que destina de una manera o de otra en el desocultamiento es, en cuanto tal, lo salvador. Pues, éste permite al hombre intuir la más elevada dignidad de su esencia e ingresar a ella. Dignidad que consiste en custodiar el desvelamiento y con él el previo velamiento de todo ser sobre esta Tierra. Precisamente en lo dis-puesto, que amenaza arrastrar al hombre al establecer, como modo pretendidamente único de desocultamiento y así empuja al hombre al peligro del abandono de su libre ser, precisamente en este peligro, el más extremado, aparece la pertenencia más íntima e indestructible del hombre a lo confiador, en el supuesto de que nosotros, por nuestra parte, comencemos a prestar atención a la esencia de la técnica.

Así pues, lo esente de la técnica alberga en sí lo que nosotros menos presumiríamos, el posible surgimiento de lo salvador.

Todo estriba en que meditemos el surgimiento y lo custodiemos conmemoradamente. ¿Cómo acontece esto? Ante todo si consideramos lo que esencia en la técnica, en lugar de permanecer embelesados sólo en lo técnico. Mientras concibamos la técnica como instrumento, vamos a permanecer apegados a querer dominarla y omitiremos la esencia de la técnica.

Si entretanto preguntamos cómo esencia lo instrumental, en cuanto un modo de lo causal, entonces

experimentamos eso esente como un destino del desocultar.

Si meditamos en último lugar que lo esencial de la esencia acontece en lo confiador, que apropia al hombre a que participe en el desocultar, entonces se nos muestra:

La esencia de la técnica es ambigua en un sentido elevado. Tal ambigüedad se indica en lo misterioso de todo desocultamiento, esto es, de la verdad.

De un lado, lo dis-puesto provoca a lo violento del establecer, que disloca toda mirada para el acontecimiento del desocultamiento y, de esa manera, pone en peligro, desde el fundamento, el ligamen con la esencia de la verdad.

De otro lado, lo dis-puesto acontece, por su parte, en lo acordador y confiador que permite al hombre persistir en ser -inexperimentado hasta ahora, pero más experimentable quizás en lo venidero- lo necesitado para la custodia [Wahrnis] de la esencia de la verdad [Wahrheit]. Así aparece el surgimiento de lo salvador.

Lo irresistible del establecer y lo retenido de lo salvador pasan el uno delante del otro, como en el curso de los astros, la trayectoria de dos estrellas. Pero éste, su respectivo evitarse es lo velado de su cercanía.

Si nosotros miramos la ambigua esencia de la técnica, entonces veremos la constelación, la marcha estelar de lo misterioso.

La pregunta por la técnica es la pregunta por la constelación, en la que acontece desocultamiento y ocultamiento, en la que acontece apropiadamente lo esente de la verdad.

Sin embargo, ¿qué nos ayuda la mirada a la constelación de la verdad? Miramos el peligro y vimos el crecimiento de lo salvador.

Con eso no estamos ya salvados. Pero estamos reclamados a esperar en la creciente luz de lo salvador. ¿Cómo puede acontecer esto? Aquí y ahora y en lo humilde, de tal manera que cuidemos lo salvador en su crecimiento. Esto implica que mantengamos siempre ante la vista el peligro más extremado.

Lo esente de la técnica amenaza al desocultar, amenaza con la posibilidad de que todo desocultar vaya a parar al establecer y que todo se conciba únicamente en el desvelamiento de lo *constante*. El hacer humano jamás puede enfrentar este peligro inmediatamente. El esfuerzo humano no puede por sí solo conjurar el peligro. Sin embargo, la reflexión humana puede meditar que todo lo salvador tiene que ser una esencia más elevada, aunque emparentada al mismo tiempo con lo amenazado por el peligro.

¿Sería posible entonces que se nos otorgase un desocultar más primigenio, que aportara los primeros brillos de lo salvador en medio del peligro, que en la era atómica más bien se oculta que se muestra?

En otros tiempos no sólo la técnica llevó el nombre τέχνη. En otro tiempo se llamó τέχνη también a todo desocultar que produce la verdad en el brillo de lo que aparece.

En otro tiempo se llamó τέχνη también al producir de lo verdadero en lo bello. Τέχνη se llamó también a la ποίησις de las bellas artes.

Al comienzo del destino occidental se alzaron las artes en Grecia a la más elevada altura del desocultar

a ellas confiado. Hicieron resplandecer la presencia de los dioses y el diálogo de los destinados divina y humanamente. Y el arte se llamó sólo τέχνη. Ella fue un único desocultar de muchas maneras. Fue devota, πρόμος, esto es, obediente al imperar y custodiar de la verdad.

Las artes no surgieron de lo artístico. Las obras de arte no fueron gozadas estéticamente. Las artes no fueron sector de la producción cultural.

¿Qué fue el arte? ¿Quizás sólo por breve pero elevado tiempo? ¿Por qué llevaron el sencillo nombre τέχνη? Porque fue un desocultar que aportaba y producía y por eso pertenecía a la ποίησις. Este nombre recibió en último lugar y como nombre propio, aquel desocultar que impera a todo arte de lo bello, la poesía, lo poético.

El mismo poeta de quien oímos las palabras:

"Pero, donde hay peligro
crece también lo salvador"

nos dice:

"...poéticamente habita el hombre sobre esta Tierra".

Lo poético trae a lo verdadero el brillo de lo que Platón llama en el "Fedro" τὸ ἐκφανέστατον, lo que más puramente resplandece. Lo poético trasesencia [durchwesen: traspasa] a todo arte, a todo desocultamiento de lo esente en lo bello.

¿Deben ser convocadas las bellas artes al desocultar poético? ¿Debe el desocultamiento interpelarlas más primigeniamente, para que así protejan por su parte el crecimiento de lo salvador, para que despierten y

funden de nuevo la mirada y la familiaridad con lo confiante acordador?

Que al arte le esté confiada ésta, la más alta posibilidad de su esencia en medio del peligro más extremado, nadie puede saberlo. Sin embargo, nosotros podemos admirarnos. ¿De qué? De la otra posibilidad, de que por todas partes se establezca el frenesí de la técnica, hasta que un día, por entre todo lo técnico, la esencia de la técnica esencie en el advenimiento [Ereignis] de la verdad.

Porque la esencia de la técnica no es nada técnico, la reflexión sobre la técnica y la contraposición decisiva con ella, tiene que tener lugar en un ámbito que, de un lado, está emparentado con la esencia de la técnica y que, de otro, es, sin embargo, fundamentalmente distinto.

Tal ámbito es el arte. Por cierto, siempre y cuando que la reflexión artística, por su parte, no se cierre a la constelación de la verdad, tras la cual *vamos* [*fragen: preguntamos*].

Así pues, preguntando testificamos la precaria situación de que no experimentamos todavía, frente a tanta técnica, la esencia de la técnica; que nosotros, frente a tanta estética, no preservamos más la esencia del arte. Sin embargo, cuanto más interrogadoramente meditemos sobre la esencia de la técnica, tanto más plena de misterio se nos vuelve la esencia del arte.

Cuanto más nos acerquemos al peligro, tanto más claramente comienza a destellar el camino hacia lo salvador, tanto más preguntadores llegamos a ser. Pues el preguntar es la devoción del pensar*.

*Los textos de W. Heisenberg citados por Heidegger pueden consultarse en el libro *La imagen de la naturaleza en la física actual*, Editorial Seix-Barral, Barcelona, 1967; trad. de Gabriel Ferraté; pp. 7 ss. y pp. 22 ss. (N. del E.).